Clínica e Investigación Relacional
Revista electrónica de Psicoterapia
ISSN 1988-2939
Vol. 20 (2) – Octubre 2026 - http://dx.doi.org/10.21110/19882939.2026.200220

Catasterismo: El duelo ante el devenir del terapeuta[1]

Violeta Terol Sánchez[2]
IPSA, IARPP
Valencia, España

RESUMEN

Este trabajo es una invitación a pensar en el nacimiento de la identidad clínica desde el lugar de la falta. Ante la ausencia del primer paciente, me propongo habitar este momento no como un vacío estéril, sino como un espacio potencial de creación, donde la mitología clásica se entrelaza con la literatura relacional. Utilizo los mitos como un lenguaje vivo que me permite nombrar la metamorfosis que acontece en mi formación.

A través de un diálogo con Winnicott, Bromberg y Mitchell, reflexiono sobre la necesidad de perder las "palabras prestadas" y, a través del concepto de "catasterismo" (subir al cielo en forma de constelación), planteo la posibilidad de elevar nuestra propia fragilidad hasta transformarla en una función de escucha. Es, en última instancia, una invitación a sostener la lámpara frente a la alteridad del otro, aceptando que el devenir del terapeuta no es una meta de saber, sino el arrojo de permanecer presentes y con el rostro descubierto en la incertidumbre del encuentro.

Palabras clave: Psicoterapia relacional; Devenir del terapeuta; Mitología clásica; Catasterismo; Winnicott; Bromberg.

ABSTRACT

This work is an invitation to reflect on the birth of clinical identity from the locus of lack. In the absence of a first patient, I propose to inhabit this moment not as a sterile void, but as a potential space for creation, where classical mythology intertwines with relational literature. I use myths as a living language that allows me to name the metamorphosis occurring in my training. Through a dialogue with Winnicott, Bromberg, and Mitchell, I reflect on the need to shed "borrowed words" and, through the concept of "catasterism" (ascending to the sky as a constellation), I propose the possibility of elevating our own fragility to transform it into a listening function. It is, ultimately, an invitation to hold the lamp in the face of the other's alterity, accepting that the therapist's becoming is not a goal of knowledge, but the courage to remain present with an uncovered face in the uncertainty of the encounter.

Key Words: Psicoterapia relacional; Devenir del terapeuta; Mitología clásica; Catasterismo; Winnicott; Bromberg.

[1] Trabajo premiado con el primer premio en el Certamen Devenir psicoterapeuta edición 2026 organizado por el IPR.

[2] psicóloga especializada en psicoterapia psicoanalítica relacional, actualmente continúa realizando su formación en el Instituto de Psicoterapia Ipsa-Levante. Ha participado en congresos internacionales de la IARPP en 2023, 2025 y 2026. Su línea de interés gira en torno al desarrollo de la identidad del terapeuta novel, los espacios transicionales en la formación y el uso clínico de narrativas clásicas y mitológicas aplicadas a la clínica relacional. Dirección de contacto: violetats.psicologia@gmail.com

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

English Title: Catasterism: Mourning and the Therapist's Becoming

Cita bibliográfica / Reference citation:
Terol, V. (2026). Catasterismos: El duelo ante el devenir del terapeuta. *Clínica e Investigación Relacional*, 20 (2): 316-324. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2026.200220

Introducción

Escribo estas líneas con el retraso propio de quien teme la exposición. Debo confesar, con la franqueza que este certamen invoca, que he demorado este texto hasta el último aliento con la esperanza de que el tiempo me regalara mi primer paciente antes de enfrentarme al folio en blanco. Buscaba en la experiencia clínica una "autoridad" que me rescatara de la incertidumbre. Sin embargo, ese paciente no ha llegado aún.

Escribo, por tanto, desde el vértigo de quien se descubre frente al campo de juego sin el abrigo de la práctica, forzada a sostener la mirada a la teoría mientras me preparo para cartografiar el abismo de la realidad práctica que se abre paso. Reconocer este retraso es mi primer acto de honestidad: el devenir no empieza con el primer encuentro, sino con el duelo por la seguridad que creíamos tener como estudiantes.

Consultando el diccionario, veo que "devenir" implica proceso y transformación; una metamorfosis en sentido ovidiano donde el cuerpo y la voz deben mutar para sobrevivir a un encuentro que supera.

Mi interés por la mitología en este proceso no es un adorno estético; es una necesidad de supervivencia. Los mitos han sido, desde el principio de los días, los recipientes donde la humanidad ha vertido sus miedos, deseos y tragedias más profundas. Poseen una fuerza que el lenguaje a menudo diluye; la capacidad de transmitir lo que significa ser humano frente a lo incontrolable. En la mitología, el destino y la transformación no son conceptos, sino vivencias que nos permiten nombrar lo inabarcable.

Este tránsito no es un camino solitario, sino un recorrido que se nutre de figuras y relatos que nos precedieron. Me permito pedirles permiso a los grandes autores para jugar con las imágenes de los mitos clásicos; no para sonar académica, sino para encontrar la forma de nombrar mi propia metamorfosis.

Si Freud encontró en el mito el lenguaje para hablar del deseo, y Stephen Mitchell se sirvió de ellos para entender cómo nos configuramos en relación con el otro, yo busco en estos relatos una vía para expresar lo que el tecnicismo, en su precisión, a veces deja

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

fuera. No se trata de alejarse de la teoría, sino de reconocer que esta solo alcanza su sentido pleno cuando se encarna. Mientras espero ese primer encuentro clínico, estos mitos y conceptos son el refugio desde el que imagino una práctica que, para ser comprendida, primero tendrá que ser vivida.

La repetición de Eco y las palabras prestadas

En este umbral, me reconozco en la figura de Eco, cuya voz no posee un origen propio, sino que habita en la resonancia de lo ajeno. Como ella, en mi devenir me descubro intentando "acorralar la mente para usar palabras de personas mayores" (Bromberg, 2011). Bromberg señala que los clínicos estamos influenciados por nuestra "familia de origen" teórica y que el crecimiento reside en la libertad de ir distanciándose de esos conceptos y lenguajes originales. En mi caso, este "eco" no es una condena como en el mito de Ovidio, sino el refugio necesario de quien aún no ha hallado una voz propia y utiliza el abanico teórico de sus figuras parentales como una armadura frente al vacío.

Esta maniobra defensiva, que Bromberg (2011) describe como un recurso indispensable para salvaguardar la cohesión del self y la continuidad de la experiencia ante la incertidumbre, se estrecha con el peligro del acatamiento (compliance) que Winnicott (1971) sitúa en oposición al vivir creador. Al refugiarse tras el discurso de la "autoridad" teórica para evitar el vacío, el analista novel erige una armadura que, de rigidizarse, compromete su propio gesto espontáneo. El tránsito hacia una voz propia exige, por tanto, consentir que estas palabras prestadas pierdan su rigidez defensiva, permitiendo que el acatamiento formal se disuelva gradualmente en la experiencia viva del espacio transicional.

Como el Ícaro de Mitchell (1986), el terapeuta principiante a menudo intenta volar con alas de cera fabricadas con certezas ajenas, buscando una altura, una "autoridad", que le proteja de la humedad del mar de la subjetividad. El duelo del devenir consiste en aceptar que esas alas de omnipotencia narcisista deben derretirse. Debemos caer de la altura del "experto" para descubrir que la verdadera técnica no es el vuelo perfecto, sino la capacidad de nadar en las aguas de lo incierto, renunciando así a la ilusión de un control que a menudo, solo sirve para alejarnos de la humanidad del paciente.

Para que este recorrido ocurra, necesito habitar el espacio de juego que propone Winnicott (1971). Este espacio no es una técnica que se aplica, sino una disposición lúdica que actúa como antídoto contra el acatamiento.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

El terapeuta que "acata" la teoría solo para defenderse de su propia incertidumbre, deja de vivir de forma creadora. Busco en Winnicott el permiso para habitar la imperfección; entender que mi herramienta real no es la repetición técnica de un eco.

El secreto y la paradoja de permanecer

Es en este tránsito donde habita el "secreto". Como describe Bromberg (2011), rescatando los versos del poeta Robert Frost: "Bailamos en corro y suponemos, pero el secreto está sentado en el centro y sabe". El secreto es aquello que "no puede ser dicho" originalmente sin dolor y que, por tanto, no puede ser comunicado mediante el discurso.

Mi secreto es el temor a que el paciente vea en mi rostro la fragilidad de mi propio proceso; el miedo a quedar expuesta frente a su "alteridad", ese "no-yo" que a veces nuestras mentes apenas pueden soportar.

Esta vulnerabilidad se refleja en el mito de Calisto cuando es descubierta por las cazadoras en el baño. Sus ojos son incapaces de ocultar la tragedia de una transformación que le va a sobrevenir, pero que su cuerpo ya delata. Ovidio nos recordaba que es casi imposible no confesar con el rostro lo que el alma siente.

En la clínica, esa transparencia puede ser aterradora porque revela que el secreto, efectivamente, "sabe": delata que estamos iniciando este camino desde un vacío absoluto de experiencia, desnudas de cualquier "saber hacer" práctico.

Esta exposición marca el inicio de la metamorfosis de Calisto. Al ser transformada en osa, Ovidio narra que "su mente antigua le queda". Esta es la verdadera paradoja: habitar una sensibilidad que debe permanecer intacta, pero que se siente ruda y muda frente a la inercia de querer ser suficiente.

Philip Bromberg (2011) captura esta tensión en su concepto de "permanecer el mismo mientras se está cambiando". Se trata de una "imposible coexistencia" de estados: la estudiante que se aferra a los conceptos teóricos para no caer y la terapeuta que debe emerger desde la incertidumbre del minuto cero.

El devenir implica, por tanto, alcanzar la habilidad de habitar en los espacios entre realidades sin perder ninguna de ellas; aprender a estar presentes desde esa vulnerabilidad que el rostro no puede ocultar.

Es en este diálogo interno donde el "secreto" de nuestra falta de experiencia, pensado en sintonía con las aportaciones de Bromberg (2011), encarna un estado del self vulnerable que la mente intenta proteger bajo una apariencia de suficiencia. Integrar

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

esta fragilidad es lo que posibilita, precisamente, sostener la paradoja de «permanecer el mismo mientras se está cambiando».
No se trata de hacer desaparecer la "torpeza de la osa", sino de permitir la coexistencia de ambos estados, transformando esa vulnerabilidad expuesta en un canal de resonancia en el encuentro clínico.

El Catasterismo: Transformar la pérdida

Es aquí donde propongo la imagen del Catasterismo. En el mito, la tragedia de Calisto no se resuelve con un regreso a la normalidad, sino con su elevación al cielo como constelación. El catasterismo es el proceso de transformar la pérdida en una guía.
En la metamorfosis del terapeuta, esto significa elevar nuestra propia fragilidad. No buscamos esconder la torpeza de la osa en la que nos hemos convertido, sino permitir que esa pérdida de la seguridad se convierta en un punto de luz.

Para ello, es necesario transitar lo que Winnicott (1971) llamó el espacio de juego. un lugar intermedio donde la terapeuta renuncia a su omnipotencia y a su "autoridad" para encontrarse con el otro en una experiencia viva. En este lugar transicional, la "mente antigua" deja de ser un refugio rígido para convertirse en una presencia capaz de crear algo con el otro.

Entiendo el catasterismo como el proceso de convertir el vértigo en orientación. Cuando las seguridades de quedarse en la teoría se desvanecen, solo nos queda la luz de lo que hemos aprendido a perder.
Esta elevación no nos ofrece un puerto seguro. Como recordó Gertrude Stein y rescato de las lecturas de Bromberg: «cuando por fin llegas allí, no hay un "allí" allí». *(Stein, como se citó en Bromberg, 2011)*. No existe un destino final donde por fin "estaremos listos", sino un proceso continuo de devenir. El catasterismo se revela así como ese aprendizaje de mirar hacia nuestras propias estrellas cuando el silencio es lo único que queda: usar la propia contratransferencia para orientarse en mitad de la noche.

El umbral de la mirada: Psique y la lámpara

Existe un relato en las Metamorfosis de Apuleyo que ilustra con precisión este salto hacia la presencia: el mito de Eros y Psique. En él, la joven habita un palacio donde es amada bajo un pacto de absoluta invisibilidad. Eros se le entrega en la penumbra, ofreciéndole un refugio de cuidados y placeres con la condición de que su rostro permanezca siempre

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

en lo desconocido. Esta dinámica funciona como un resguardo de seguridad mutua; un paraíso de idealización donde no hay conflicto porque no existe una alteridad real.
Me reconozco en esa misma penumbra mientras espero mi primer paciente; un escenario donde la teoría actúa como ese velo que me protege, pero que también me separa de la realidad de un otro que aún no tiene rostro.

Sin embargo, la transformación no surge de acumular certezas, sino del gesto de Psique: encender la luz. Ella acerca una lámpara al rostro de Eros por la necesidad de saber quién es realmente aquel con quien comparte su vida, aun a riesgo de abandonar la protección del palacio. Este paso exige romper un equilibrio estático, y el crecimiento surge cuando ella se atreve a encender la luz, asumiendo que el conocimiento conlleva el riesgo de perder la seguridad del refugio.

Esto representa el tránsito del acatamiento (compliance) a la apercepción creadora de la que hablaba Winnicott (1971). Para el autor, el acatamiento es una forma de existencia donde el individuo se limita a "encajar" en una realidad impuesta, lo que inevitablemente produce un sentimiento de vacuidad. En nuestra formación, ese acatamiento es la tentación de ser un "terapeuta de manual" para evitar el vértigo.
Esta respuesta se sitúa en las antípodas de la apercepción creadora de Winnicott (1971), aquella disposición que permite al analista experimentar el encuentro clínico como algo vivo, real y con sentido propio. Renunciar a esa sumisión teórica permite que el saber heredado deje de ser un refugio rígido y se convierta en un mapa flexible para el encuentro.
Desarrollar una mirada propia implica renunciar a esa adaptación defensiva y sostener la lámpara: permitir que la propia subjetividad empiece a verse afectada por un encuentro que es, por definición, impredecible.

El palacio de Psique, con sus voces sin rostro y su bienestar garantizado, representa ese tiempo de espera donde la teoría nos acuna, pero nos mantiene en una confortable ceguera. Sin embargo, llega un momento en que la idealización del encuentro futuro deja de ser suficiente; el devenir se impone no como una elección, sino como una necesidad de verdad que ya no puede ser contenida. El gesto de Psique de encender la luz no nace de una voluntad de ruptura, sino de una necesidad incontenible de verdad.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Este arranque marca el fin de la inocencia académica: el momento en que aceptamos que el conocimiento no es una meta donde los conceptos quedan fijados, sino una frontera que se desdibuja en cuanto intentamos nombrarla.
Encender la lámpara es, en sí mismo, el inicio del proceso. Es el instante en el que aceptamos que nuestra subjetividad ya no puede permanecer protegida tras el velo de lo que otros han escrito. Sostenemos el candil con mano firme para exponernos a una presencia que nos interpele, asumiendo que la luz no busca darnos la razón, sino mostrarnos lo que aún no tiene nombre.
El velo de la teoría cae ante el rostro de la experiencia viva; el viaje deja de ser una acumulación de saberes para convertirse en el arrojo de permanecer presentes cuando la realidad nos muestra que ya no hay refugio posible fuera del encuentro.

El Catasterismo de Psique: La conquista de la presencia

La historia de Psique no concluye con el destello de la lámpara. Como narra Apuleyo en su sexto libro, tras el desvelamiento sobreviene la pérdida: el palacio se desvanece y la joven queda arrojada a una intemperie absoluta. Para restaurar su existencia, Psique debe someterse a las tareas impuestas por Venus, trabajos que la obligan a separar lo minúsculo, a recoger lo peligroso y, finalmente, a descender al Hades. Este trayecto es la consecuencia inevitable de haber encendido la luz; el peaje necesario de quien, desamparado, ya solo puede avanzar a través del esfuerzo y la ilusión.

Stephen Mitchell (1986), rescatando lo trágico en Nietzsche, ofrece una imagen que dota de sentido a este esfuerzo de Psique. Describe a un hombre en la playa ante la marea baja: aquel que ignora la marea construye castillos de arena creyendo que serán eternos (lo apolíneo), mientras que aquel que solo ve la marea que todo lo arrasa, se paraliza y no construye nada (lo dionisíaco). La virtud reside en una tercera opción: el "hombre trágico", que es capaz de construir su castillo con pasión y detalle aun sabiendo que la marea acabará con él. Este hombre no construye para la inmortalidad, sino por el placer del juego mismo, aceptando la naturaleza transitoria de sus creaciones.

Para el terapeuta novel, las tareas de Psique representan este aprendizaje. Dejamos de construir "castillos de teoría" con la ilusión de que nos darán una seguridad eterna frente al paciente, pero tampoco nos rendimos al vacío del no-saber. El devenir consiste en participar de ese "juego tragicómico" donde nuestras herramientas y conceptos se despliegan con rigor, pero con la humildad de saber que se disolverán en el encuentro vivo con el otro.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Al final, Júpiter concede a Psique la inmortalidad tras los ruegos de Eros, y es la ambrosía la que sella su metamorfosis. Beber de esa copa no es un simple final feliz, sino la culminación de un proceso donde la fragilidad se integra en una nueva naturaleza. La inmortalidad le permite, por fin, sostener la mirada de Eros.

En este punto, el duelo por la seguridad académica encuentra su resolución en la renuncia a las certezas del estudiante: Al igual que el catasterismo de Calisto no borraba su naturaleza de osa, sino que la situaba en un orden distinto. El devenir del psicoterapeuta no consiste en recuperar la seguridad perdida, sino en elevar la propia incertidumbre hasta convertirla en una función de escucha.

Es el aprendizaje de habitar el vacío de la práctica sin intentar llenarlo precipitadamente con conceptos teóricos. Entendiendo que la autoridad que buscaba al inicio de estas páginas no reside en un saber fijado, sino en la capacidad de permanecer presente con el rostro descubierto, en la frontera donde el encuentro es posible.

VI: La mirada de Orfeo

Este camino encuentra un último eco en la figura de Orfeo. Al igual que el músico descendió a las profundidades, me descubro intentando avanzar con la fragilidad de quien camina a tientas, sin más certeza que el propio paso. Al final, el protagonista vuelve la vista no por una falta de pericia, sino porque, temiendo que Eurídice desfallezca y deseando verla, no puede soportar la duda de su presencia. Es el impulso de quien, ante la falta de garantías, busca en la mirada una seguridad que el camino todavía no le ofrece.

En la práctica, esa mirada de Orfeo es la tentación de regresar a los conceptos originales para aliviar el vértigo. Es mi miedo a la inercia de buscar en el paciente un reflejo que confirme lo que he estudiado, en lugar de permitir que sea su propia presencia la que me dicte quién es.

Si Psique tuvo que encender la luz para reconocer al otro, Orfeo me recuerda que; el riesgo no está en el error, sino en la urgencia de querer capturar con certezas aquello que solo puede ser vivido.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Reconozco en nuestra profesión esa misma naturaleza de Orfeo; ese impulso de girar la cabeza para comprobar que el otro sigue ahí. Sin embargo, si algo podemos aprender de este mito es que consolidarse en el encuentro exige frenar esa urgencia. Creo que la seguridad emana de la honestidad de aceptar que el mapa se ha desdibujado.

Elevamos nuestra vulnerabilidad para convertirla en orientación, asumiendo que como en el mito; para estar juntos, nuestra única guía es el arrojo de permanecer en la frontera y esperar a que Eurídice también llegue (por su propio pie) al lugar donde por fin, empieza a existir.

REFERENCIAS

Apuleyo. (2000). *El asno de oro* / Las *metamorfosis* (D. Alonso de Cortegana, Trad.). Wikisource. (Obra original publicada c. 160 d. C.). https://es.wikisource.org/wiki/Metamorfosis_o_El_Asno_de_Oro_(Cortegana)

Bromberg, P. M. (2017). *La sombra del tsunami y el desarrollo de la mente relacional* (C. Rodríguez Sutil, Trad.). Ágora Relacional. (Obra original publicada en 2011).

Mitchell, S. A. (1986). The wings of Icarus: Illusion and the problem of narcissism. *Contemporary Psychoanalysis*, *22*(2), 194-218.

Ovidio. (2008). *Metamorfosis* (A. Ramírez de Verger, Ed.). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. (Obra original publicada c. 8 d. C.). https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/metamorfosis--o/html/

Winnicott, D. W. (1972). Realidad y juego (F. Mazía, Trad.). Gedisa. (Obra original publicada en 1971).

Original recibido con fecha: 01/09/2026 Revisado: 16/09/2026 Aceptado: 26/09/2026

NOTAS:

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es